

PERSONAJES MEDICOS DE GALDOS

P O R

LUIS S. GRANJEL

El interés que siempre mostró Galdós por la Medicina y el respeto con que trató a los médicos, cuya amistad cultivó, encuentra cumplido testimonio en el mundo de sus novelas. Con ocasión de escribir el prólogo al libro del doctor Tolosa Latour titulado *Niñerías* y fechado en Madrid en 1889 (1), hace Galdós una taxativa declaración de aquellos fervores. Estas son palabras suyas:

Envidia —escribe Galdós— a los que poseen la ciencia hipocrática, que considero llave del mundo moral; por eso vivo en continua *flirtation* con la Medicina, incapaz de ser verdadero novio suyo, pues para esto son necesarios muchos perendengues; pero la miro de continuo con ojos muy tiernos, porque tengo la certidumbre de que si lográramos conquistarla y nos revelara el secreto de los temperamentos y de los desórdenes funcionales, no sería tan misterioso y enrevesado para nosotros el diagnóstico de las pasiones.

Lo que tan paladinamente confiesa Galdós en el texto citado lo repite de muchos modos en el ancho mundo de su obra literaria. Veamos algunos testimonios. Haré referencia, en primer lugar, al alto número de médicos, más de medio centenar, que figuran en sus novelas; juntos integran lo que podríamos llamar 'Colegio Médico Galdosiano'. Claro que bastantes de ellos son figuras ocasionales, sin apenas papel, y otros ni siquiera personalidad propia poseen, pues se les cita con el título de su profesión: 'un médico', 'un físico', 'un cirujano'. Destacan entre todos cuatro, poseedores de individualidad bien dibujada, con categoría de grandes personajes; son sus nombres Teodoro Golfín, Augusto Miquis, Moreno Rubio y Guillermo Bruno. Merece anotarse también el hecho, bien singular, de que Galdós hizo transitar por el escenario de sus novelas, unas veces sólo citados, otras como auténticas criaturas literarias, a varios notorios médicos coetáneos suyos; que recuerde, merecieron tal honor Olavide y Martínez Molina, el doctor don Federico Rubio, don Pedro Mata y el doctor Esquerdo. En los *Episodios nacionales* alcanzan esta gloria literaria, con alguno

(1) Prólogo recogido en las *Obras completas* de B. Pérez Galdós, VI, 1545-48, Madrid, 1942.

de los ya nombrados, don Nicolás María Rivero, el famoso oftalmólogo Delgado Jugo, el doctor Albitos, también oculista, la popular doña Polonia Sanz y don Melchor Sánchez de Toca.

La auténtica devoción de Galdós por la Medicina, que confirma Gregorio Marañón en su semblanza del novelista, la atestiguan algunas descripciones de enfermedades que incluye en sus creaciones, hechas con la fidelidad y el alarde detallista del mejor naturalismo; recordemos el *crup* diftérico que hace padecer a la nietecita del marqués de Fúcar, caso que asiste el doctor Moreno Rubio (2); su relato, de alta intensidad dramática, descubre en el descriptor un buen conocedor de aquel padecimiento; los datos que lo enriquecen sólo pudo adquirirlos Galdós en lecturas propias de obras profesionales o en el asesoramiento de alguno de sus amigos médicos.

En otra de sus novelas (3) encontramos una distinta y también valiosa descripción patográfica; es ésta la de una neurosis que padece el personaje don José María Bueno de Guzmán, a quien asiste asimismo el doctor Moreno Rubio; a otra criatura de la novela encomienda su creador narrar a los lectores una curiosa opinión sobre este padecimiento, entendido aquí como fruto de una *degeneración* heredada (4), doctrina con la cual se anticipa Galdós en unos años—la novela fue publicada en 1885—a la famosa teoría de Max Nordau. Muy detalladas son igualmente las descripciones hechas por Galdós de unos casos de ceguera: la de Pablo, en *Marianela*; la de don Francisco Bringas, en su novela *La de Bringas*, y la de Rafael, en la serie novelesca protagonizada por el usurero Torquemada.

El interés de Galdós por la Medicina, el respeto y el cariño con que el tema médico fue siempre tratado por él, bien manifiesto en lo ya dicho, se reafirma al considerar su manera de presentarnos a quienes poseían y dispensaban tal saber. Un personaje galdosiano, Felipe Centeno, Celipín, hijo del capataz de las minas de Socartes, con sus catorce años mal cumplidos, abandona el hogar, camino de la corte, acuciado por el deseo de hacerse médico; no por frustrado deja de ser simbólico el ejemplo; he aquí la confesión que de su anhelo le hizo *Celipín* a la Nela: «*Miá* tú, ahora se me ha ocurrido que debo tirar para médico... Sí, médico, que echando una mano a este pulso, otra mano al otro, se llena de dinero el bolsillo»; a las reflexiones que le hace la Nela, replica *Celipín*: «Desengáñate, no hay saber como ese de cogerle a uno la muñeca y mirarle la lengua, y decir al momento en qué hueco

(2) *La familia de León Roch*, 2.^a parte, cap. IV: «El mayor monstruo, el 'crup'»; *Obras completas*, IV, 840-46, Madrid, 1941.

(3) *Lo prohibido*, *obras completas*, IV, 1703-4.

(4) *Ibíd.*, IV, 1685-88.

del cuerpo tiene aposentado el maleficio» (5). El ingenuo sueño del mozalbete contiene los dos ingredientes: prestigio casi mágico y seguridad económica que hacían en su tiempo destacar tanto la figura del médico sobre el tablado de la vida comunitaria.

El médico, como el ingeniero, alcanza en la novelística galdosiana, es decir, en su escala de valores, categoría social máxima, talla heroica. Nombrando al personaje médico acaso mejor dibujado por la pluma de Galdós escribe Joaquín Casaldüero (6):

El nuevo conquistador, el nuevo héroe, es el hombre naturalista, Teodoro Golfín. De baja extracción social, luchando por la vida, formándose a sí mismo, ha triunfado. Su papel en el mundo ya no consiste en luchar con los hombres; he aquí que el heroísmo militar no despierte ninguna admiración. Hay que luchar con la naturaleza, apoderándose de sus secretos, explotando sus riquezas. La ciencia ha de echar la simiente, y el esfuerzo recoger la cosecha. No hay que tener la voluntad de morir, sino la voluntad de vivir; en lugar de regirse por dogmas o principios abstractos, el hombre tiene fatalmente que obedecer las leyes científicas, en las cuales se fundará la nueva moral.

Por estas razones, la figura del médico sobresale dominadora, protectora también, sobre la muchedumbre de personajes que viven su figurada existencia en el dilatado escenario de la literatura galdosiana.

Este encumbramiento del médico, como el respeto admirativo hacia el arte que ejerce y el saber que se lo inspira, se apoya en una sobrevaloración de la ciencia y los adelantos de la técnica muy difundida, es sabido, en los decenios finales de la pasada centuria, y que en Galdós, hombre muy de su época, se descubre a la primera lectura de cualquiera de sus libros. Las preferencias de Galdós por la Medicina tienen una confirmación valiosa en el testimonio del doctor Marañón, quien nos lo ofrece en las páginas de un ensayo sobre la personalidad del escritor con el que convivió muchas horas dentro del ambiente, tan querido para ambos, de Toledo. Hablándonos Marañón de su amistad con Galdós, va a decirnos que en ella influyó, dejando inoperante la diferencia de edades,

una suerte de devoción suya, como ante un poder mágico, que para él lo eran mis conocimientos médicos, desde su incipencia; actitud que fue peculiar a toda la familia. Siempre hubo en aquella casa un médico que tenía mágica autoridad. Su rastro aparece frecuentemente en las obras de Galdós (7).

(5) *Marianela, obras completas*, IV, 728-29.

(6) J. CASALDUERO: *Vida y obra de Galdós*, 74-5, Madrid, 1951.

(7) G. MARAÑÓN: 'Galdós en Toledo'; *Elogio y nostalgia de Toledo*, 145-46, 2.^a edic., Madrid, 1951.

Y añade, acertando en el juicio:

Era, en cierto modo, una preocupación del siglo, este prestigio que el galeno tuvo en la mente de los liberales del siglo XIX.

Tres rasgos singularizan la figura del médico galdosiano: su personalidad psicológica; la manera de ejercer la profesión y valorar la ciencia médica; por último, su actitud intelectual, es decir, las ideas y convicciones nervio de su conducta.

El primer ingrediente de su perfil psicológico se nos ofrece ya en los calificativos que utiliza Galdós con elocuente reiteración para aderezar el nombre de sus personajes médicos; recordaré algunos de los más usados: 'bondadosísimo', 'hombre amabilísimo', 'hombre de gran saber y de mucha amenidad en su sabiduría', 'sabio eminentísimo', 'doctor eminentísimo' y otros muchos de parecido significado. Este doble rasgo, bondad y sabiduría se encuentra también en los grandes médicos forjados por Galdós. Veámoslo. De Augusto Miquis nos dice que tenía fácil elocuencia y era amigo de burlas y chanzas (8); en otra novela repite, volviendo a hablar de su carácter: «Siempre había de estar de fiesta, sin tener en cuenta la gravedad de las circunstancias» (9). En el doctor Moreno Rubio se dan unidas la amabilidad y el profundo saber; en cierta ocasión, por ejemplo, descubrimos a nuestro galeno, acercándose a la cama de un enfermo «despidiendo tufo de alegría, como un preservativo contra las tristezas de la medicina»; era Moreno Rubio, añade Galdós (10), «médico de gran saber y aplicación». Teodoro Golfín, el famoso oculista, usaba, hablando con sus pacientes, de una 'ruda bondad' (11).

A los profundos conocimientos sobre el arte que ejercen, a su bondad natural, se une en el médico galdosiano un carácter enérgico, gran vitalidad y dinamismo. Este rasgo lo manifiesta, mejor que ningún otro personaje, Teodoro Golfín. Reproduzco su retrato, pues en él, incluso en la equiparación simbólica con el león, se suman las facetas que más ayudan a destacar la personalidad social de estos figurados galenos, trasunto de otros con existencia real en el mundo dentro del cual vivió Galdós. Era Teodoro Golfín, se nos dice (12):

Hombre de facciones bastas; moreno, de fisonomía tan inteligente como sensual, labios gruesos, pelo negro y erizado, mirar centelleante, naturaleza incansable, constitución fuerte... Su cara, grande y redonda; su frente huesuda, su melena rebelde, aunque corta; el fuego de sus

(8) *La desheredada, obras completas*, IV, 995.

(9) *El amigo Manso, obras completas*, IV, 1254.

(10) *Fortunata y Jacinta, obras completas*, V, 463, Madrid, 1942.

(11) *La de Bringas, obras completas*, IV, 1638.

(12) *Marianela*, IV, 717-18.

ojos, sus gruesas manos, habían sido motivo para que dijeran de él: 'Es un león negro'. En efecto: parecía un león, y, como el rey de los animales, no dejaba de manifestar a cada momento la estimación en que a sí mismo se tenía... Hablaba, por lo general, incorrectamente, por ser incapaz de construir con gracia y elegancia las oraciones. Sus frases, rápidas y entrecortadas, se acomodaban a la emisión de su pensamiento, que era una especie de emisión eléctrica.

Igual que Teodoro Golfín, Guillermo Bruno, el alienista, es un hombre de enérgico carácter, domeñado por un poderoso impulso espiritual; su bondad, con mucho de filantrópica, se oculta mal tras un exterior brusco e imperioso; éste es su propio autorretrato (13): «mi dureza es la del herrero, que en la fragua, a golpes de martillo, temple y vigoriza los caracteres».

La bondad, la simpatía y la cordialidad, que antes se señaló como facetas siempre evidentes en la psicología del médico galdosiano, presiden el cumplimiento de su quehacer profesional. De don Nicomedes, médico de Fricóbriga, nos cuenta Galdós (14), que siempre se mostraba ante sus pacientes chistoso, aderezando la conversación con observaciones oportunas y cariñosas advertencias; con ello, añade quien creó a este personaje, «infundía a los enfermos un espíritu de fortaleza tal, que no podía menos de influir lisonjeramente en la salud. Curaba como cualquier otro buen médico; pero sus enfermos tenían, mediante él, la fe y la devoción de curarse». El doctor Moreno Rubio, médico al que ya conoce el lector, «se encariñaba con los enfermos, mirándolos como amigos y como libros, cual materia de afecto y de enseñanza» (15). Lo mismo se nos dice de Augusto Miquis, de quien escribe Galdós (16):

Otro médico de mejor sombra que aquel Miquis no lo había en Madrid. Consolaba a los enfermos con su carácter festivo y sus humoradas familiares; inspirábales confianza en el tratamiento, robusteciendo la moral y encubriendo la aridez adusta de la ciencia con las flores más agradables del trato urbano.

Singulariza asimismo el ejercicio profesional del médico galdosiano la importancia que éste concede a lo psicológico en el tratamiento; en la práctica los médicos creados por Galdós valoran siempre en su relación con el paciente el factor emotivo, psíquico. Augusto Miquis recurre con frecuencia a hacer uso de una psicoterapia empírica, in-

(13) *Amor y ciencia, obras completas*, VI, 1159.

(14) *Gloria, obras completas*, IV, 675.

(15) *El doctor Centeno, obras completas*, IV, 1426.

(16) *Angel Guerra, obras completas*, V, 1277.

tuitiva; hablando en cierta ocasión con Angel Guerra, con motivo de la enfermedad de su madre, le oímos decir:

¡Lo moral, el espíritu!... Maldita llave. Como se destemple, cuenta que se te desafinarán todas las notas de la gaita. No sería yo médico si no fuera un poquillo psicólogo (17).

Moreno Rubio, ilustrando a León Roch sobre la enfermedad de su esposa, a la que asiste, le confiesa:

Cada vida tiene su ritmo, con el cual marcha ordenada, pacíficamente. Un trastorno brusco y radical de ese ritmo puede ocasionar males muy graves y la pérdida de la misma vida (18).

Este criterio sirve de norma a la que se pliega su manera de ejercer la profesión, y en ella se encuentra la clave de sus muchos éxitos. El mismo Moreno Rubio es uno de los interlocutores del siguiente revelador diálogo; acaba nuestro doctor de hacer algunas reconvenções, aparentemente más morales que médicas, a su primo don Manuel Moreno Isla, afecto de graves trastornos vasculares; el paciente algo asombrado de su fraseología, le interpela, entre enfadado y curioso:

—Pero ¿tú eres un médico o un confesor?

—Las dos cosas —afirmó el otro con serenidad y energía (19).

El virtuosismo con que ejerce su profesión el médico galdosiano, el cariño que preside su trato con el enfermo, lo inspira y sostiene una inequívoca vocación, el amor por la ciencia médica. Los médicos de Galdós ven en el enfermo al semejante que vive en una situación afflictiva necesitada de su ayuda técnica y de consuelo; nunca se los regatean, desde luego, pero tal actitud no amengua el interés clínico que este mismo enfermo puede despertar en ellos. Siendo todavía estudiante, pensaba así Augusto Miquis:

En los hospitales, en esos libros dolientes, es donde se aprende. Allí está la teoría unida a la experiencia por el lazo del dolor. El hospital es un museo de síntomas, un riquísimo atlas de casos, todo palpitante, todo vivo. Lo que falta a un enfermo sobra a otro, y entre todos forman un cuerpo de doctrina. Allí se estudian mil especies de vidas amenazadas y mil categorías de muertes. Las infinitas maneras de quejarse acusan los infinitos modos de sufrir, y éstos las infinitas clases de lesiones que afligen al organismo humano; de donde resulta que el supremo bien, la Ciencia, se nutre de todos los males y de ellos nace,

(17) *Ibid.*, V, 1280.

(18) *La familia de León Roch*, IV, 901.

(19) *Fortunata y Jacinta, obras completas*, V, 464.

así como la planta de flores hermosas y aromáticas es simplemente una transformación de las sustancias vulgares o repugnantes contenidas en la tierra y en el estiércol (20).

Moreno Rubio, nos cuenta Galdós (21), encarado con la repetida realidad del hombre enfermo, «sentía en su corazón pena y lástima de cristiano; pero este dolor lo atenuaba... con el goce científico»; a la compasión que le inspira la vida de uno de sus pacientes, que sucumbe víctima de la tuberculosis, se aúna el placer intelectual que el 'caso clínico' le depara: el

observar la marcha metódica de la enfermedad, conforme en cada uno de sus terribles pasos con el diagnóstico que él había hecho; ver y oír cada síntoma; examinar las turgencias, las morbideces, los ruidos torácicos, las eliminaciones... ¡qué cosa tan entretenida! Esto y los cantos de un bello poema venían a ser cosas muy semejantes... Principalmente la auscultación, en la cual Moreno Rubio empleaba todos los días un largo rato, enamoraba su espíritu.

Amor a la ciencia, al saber por el saber mismo; es ésta virtud de la que no está privado ninguno de los médicos creados por Galdós. Augusto Miquis, cuando aún era estudiante, sólo pensaba en

trabajar y aplicarse mucho, sin desdeñar espectáculo triste, ni dolencia asquerosa, ni agonía tremenda, porque de todas estas miserias había de nutrir su saber. Después vendrían las visitas pingües (22).

Todo ayuda a que el médico galdosiano se sienta orgulloso de su profesión; el doctor Guillermo Bruno, en ocasión solemne, exclama:

en mí no hay más ideal que el bien, ni otra pasión que la ciencia. La profesión que ejerzo me da grandes satisfacciones, y me impone deberes penosos que cumplo con firme voluntad (23).

Augusto Miquis y Moreno Rubio, Teodoro Golfín, y con ellos los restantes médicos a los que dio vida libresca Galdós, hubieran suscrito, de haberseles pedido opinión, las frases que acabamos de oír pronunciar a Guillermo Bruno.

La personalidad científica del médico galdosiano, es decir, sus ideas médicas y el modo de ejercer la profesión, su amor a la ciencia, se apoyan en un sueño ideológico que importa conocer. Resalta en él la intención, entre filantrópica y política, que inspira su quehacer mé-

(20) *La desheredada*, IV, 998.

(21) *El doctor Centeno*, IV, 1426-27.

(22) *La desheredada*, IV, 998.

(23) *Amor y ciencia*, VI, 1145-46.

dico, trasunto, no cabe dudarlo, del ideario que guiaba la vida profesional de los más conspicuos médicos españoles en las décadas finales de la pasada centuria, amigos personales algunos de Galdós.

Entre las convicciones ideológicas que alimentan la vida intelectual del médico galdosiano, destaca, en primer término, su admiración, sin reservas, ante las conquistas de la ciencia. De Augusto Miquis nos dice su creador (24):

Todas las teorías novísimas le cautivaban, mayormente cuando eran enemigas de la tradición. El transformismo en ciencias naturales y el federalismo en política le ganaron por entero.

Desde su postura cientifista, que nunca abandonan, los médicos de Galdós contemplan y enjuician la vida comunitaria; se pregunta el doctor Guillermo Bruno (25):

¿Qué es la humanidad más que una inmensa clínica, con apariencias de escuela y de presidio? Curar, educar, corregir, todo es lo mismo.

En el ejercicio de su profesión, el médico galdosiano muestra siempre una intención filantrópica, humanitaria, bien evidente en el testimonio que paso a transcribir. Discutiendo sobre la dirección que debería imprimirse a cierta fundación benéfica, el médico don Alberto Láinez le resume así a su interlocutor, un sacerdote, sus personales convicciones:

El socorro de la indigencia, el alivio del dolor humano, la asistencia de los enfermos, la custodia de los locos, la práctica, en fin, de las obras de misericordia, da una importancia desmedida al *elemento* médico-quirúrgico-farmacéutico. Yo soy muy práctico, reconozco la importancia del *elemento* sacerdotal en un organismo de esta clase; es más: creo que tal *elemento* es indispensable; pero la dirección, señores, opino, entiendo yo... que debe encomendarse a la ciencia (26).

En los médicos de Galdós se hacen patentes, en suma, los ideales que alimentaron la vida de quien los creó, que son los profesados por los convictos y confesos adeptos del naturalismo decimonónico, liberal, teñido de humanitarismo y sostenido con firme fe en un utópico perfeccionamiento sin límites de la condición humana.

LUIS S. GRANJEL
Cátedra de Historia de la Medicina
Universidad de SALAMANCA

(24) *La desheredada*, IV, 995.

(25) *Amor y ciencia*, VI, 1153.

(26) *Halma, obras completas*, V, 1904.